



ACTO I

Una sala de techo de madera de cedro, decorada con trofeos de armas y alfombrada con pieles de tigre.

Cuauhtemoc aparece sentado en un escabel de madera preciosa bajo un dosel de plumas, en medio del Señor de Tezcoco y del Señor de Tlacopan, que ocupan escabeles de menos riqueza. Lleva un manto azul de malla con una esmeralda en cada nu-

do, corona, brazaletes y cotaras de oro. Al alcance de su mano pendien un arco y un gol-dre con flechas, símbo-lo de la justicia impe-rial. Es bien proporcio-nado y alegre, de color blanco y obra de veín-ticinco años. En el fon-do se alínean los Doce Ancianos del Senado, de arreos oscuros y cabe-llos floridos. A la si-niestra se agrupan el Ci-huacoatl, los Guerreros Condecorados con el Cascabel de Oro, los Ca-balleros Tigres, los Ca-balleros Leones y los Caballeros Águilas, lu-ciendo vistosos mantos y cascos truculentos.

CUAUHTEMOC

Se pone en pie, y Coanacot y Tetlepan-quetzal siguen su ejem-plo.

Reyes aliados, Cihuacoatl, Ancianos y vos-otros, Jefes que estais aquí reunidos:

Los castellanos se preparan a atacar otra vez Tenochtitlán. Venidos de donde sale el sol en busca de oro, desembarcaron en nuestras cos-tas perturbando la paz del Imperio, formaron ligas con nuestros enemigos e incitaron a la rebelión a nuestros súbditos. Sabedores de las profecías de nuestros nigrománticos de que ha-bía de tornar el Dios Quetzalcoatl al frente de hombres blancos a sojuzgar estas tierras, tuvie-ron la impudencia de presentarse como dioses, llegando sin obstáculo hasta nuestra capital, porque Moctezuma no les atajó el paso con sus guerreros. Estos dioses depredaron nuestras ciudades, se robaron el tesoro de Axayácatl, ase-sinaron a los miembros de nuestra nobleza, se mataron entre sí en Cempoala, cautivaron a nuestro Emperador y derrocaron a nuestros

dioses. Provocado por tantos desmanes, el pueblo crispó los puños que le mantenía atados su respeto a Moctezuma, el gran Cuitlahuac se puso al frente de las tropas, sonó el caracol de guerra en nuestros templos, Huitzilopochtli les infundió aliento a nuestras huestes y expulsamos a esos mentidos Hijos del Sol, los ahogamos en la laguna o los sacrificamos en nuestros altares. Nuestros adversarios no son inmortales, sino hombres como nosotros. Las relaciones de nuestros mensajeros, los jeroglíficos de nuestros pintores y las humaredas de nuestros guerreros nos ponen al cabo de los pasos de nuestros enemigos. Después de curarse de sus heridas en Tlaxcala, construyeron grandes canoas para embestirnos también por agua y acrecientan sus filas con pueblos rebeldes. Tonatiú está acantonado en Tacuba, otros dos capitanes se hacen fuertes en Iztapalapa y Coyoacán, y el Malinche se ha reservado el mando de las piraguas, que pronto surcarán la laguna al impulso de sus alas blancas y rondarán a la vista de la ciudad como aves carniceras. Nosotros estamos apercebidos, y nuestros corazones, que aman la guerra, esperan con anhelo la hora del combate. Guerreros: vosotros, los que habéis conquistado el Cascabel de Oro en signo de que os arrojáis en la pelea como locos furiosos, y

vosotros, los que habéis merecido los nombres de Águilas Reales, de Tigres Feroces y de Leones Valientes, recordad que vosotros sois los pies y las manos de Tenochtitlán. Es verdad que muchos de nuestros hermanos han perecido; pero su recuerdo está bañado de gloria. Luchemos hasta vengar su muerte. Luchemos hasta que las calzadas y los canales, regados con nuestra sangre, parezcan sembrados de rosas.

COANACOT

Unidos venceremos.

TETLEPANQUETZAL

Unidos moriremos.

CIHUACOATL

Venceremos o moriremos.

GUERREROS

Golpeando los escudos con sus macanas.

Venceremos o moriremos.

UN ANCIANO

Si salís triunfantes, las mujeres os coronarán con guirnaldas de rosas y nosotros os incensaremos con nuestros sahumadores.

OTRO ANCIANO

Si la fortuna os es adversa, vosotros iréis a gozar eternamente de la luz del Sol, y nosotros haremos una fiesta celebrando vuestra muerte, porque no habréis perecido por haber robado o cometido un acto vil, sino por la libertad de nuestra patria.

TODOS

Venceremos o moriremos.

*Se sientan Cuauh-
moc, Coanacot y Tette-
panquetzal.*

CIHUACOATL

Ya se pusieron en camino los Embajadores que mandaste a los Señores de Matlacingo, Tulapa y Malinalco para proponerles una alianza contra los guerreros blancos. Salió también el

Enviado que va a amonestar a Ixtlixóchitl por haberse puesto del lado del enemigo. Está condenado a segura muerte.

CUAUHTEMOC

Yo me hago cargo de su mujer, de sus hijos y de su casa.

CIHUACOATL

Esperan tus órdenes los Embajadores que envías a Michihuacán.

CUAUHTEMOC

Hazlos entrar.

EMBAJADORES

*Entran hasta cinco
Embajadores ataviados
de verde, portando un
abanico en la mano de-
recha y una lanza en
la izquierda. A la en-
trada hacen una reve-
rencia.*

Señor.

Marchan con profundo respeto, sin atreverse a levantar los ojos. A media sala hacen otra reverencia.

Mi Señor.

Al pie del trono hacen otra reverencia.

Gran Señor.

Después de la última reverencia hacen acatamiento tocando el suelo y llevándose la mano a la boca.

CUAUHTEMOC

Saludad al Rey Tangoazán e invítadlo a formar una liga para vencer al Malinche. En testimonio de mi amistad, llevadle joyas de oro de Azeapozalco y mantas de diez brazas. No olvidéis portar las cabezas de caballo, manos y pies de los teules en prueba de que no son inmortales.

24

EL PRIMERO DE LOS EMBAJADORES

Pronto volveremos con la respuesta si no perdemos la vida.

Salen los Embajadores sin volver la espalda, haciendo inversamente el mismo ceremonial que a la entrada.

CIHUACOATL

Nuestras tropas han hecho prisionero a Cuicuat por espía y amigo de los castellanos.

Aparece el cautivo cercado de guerreros.

COANACOT

A Cuicuat.

Has arrojado un baldón eterno sobre nuestra raza.

A Cuauhtemoc.

Pido que mi hermano Cuicuat sea descuartizado por traidor al Imperio.

25

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTREY, MEX.

UN ANCIANO

A Cuauhtemoc.

Perdona a Cuicuciat, por la memoria de Netzahualcoyotl y Netzahualpilli.

Los guerreros murmuran.

CUAUHTEMOC

No hay perdón para los traidores.

GUERREROS

Golpeando sus escudos.

Bien dicho, bien dicho.

CUAUHTEMOC

Empuña una flecha del carcaj que está a su espalda y la arroja a los pies de Cuicuciat, que los guerreros sacan de la sala empu-

jándolo con sus rodellas.

Vé, Cihuacoatl, a apereibir el ejército; marchad, ancianos, a excitar el patriotismo de vuestros hijos; corred, guerreros, a aguzar vuestras flechas y vuestras jabalinas.

Salen después de hacer acatamiento.

Cuauhtemoc, Coanacot y Tettlepanquetzal se ponen en pie.

Deseo que me acompañéis esta noche a esconder el tesoro azteca. Ya conocéis a los teules. A la vista del oro, arden como teas sus crueles pupilas. En la costa rescataron montones de oro con sus bagatelas. Moctezuma les colmó las manos de oro. Se robaron las riquezas del Palacio de Axayácatl, y no se satisfarían con el oro que arrastran nuestros ríos y entrañan nuestras montañas. Es tan extremada su codicia, que el oro fue nuestro mejor aliado la noche en que lloró el Malinche. Antes se desembarazaban de sus armas o se hundían en la laguna, que desamparar su carga de oro. No quiero que las presecas de mis antecesores caigan en poder de los castellanos.

TETLEPANQUETZAL

Haces bien en esconder tus caudales de los hombres blancos.

COANACOT

Ha de ser inmenso el tesoro de los Emperadores aztecas.

CUAUHTEMOC

Pilas de mantas de diez brazas y de pieles de tigre. Fardos de tornasoladas péñolas de quetzal y de irisadas plumas de colibrí. Cristal de roca y jaspe en montones como guijarros. Tinajas preñadas de perlas, tinajas colmadas de ópalos y tinajas rebosantes de esmeraldas. Lunas de plata y soles de oro. Pepitas de oro de la Mixteca. Arenas de oro de los ríos de Papaloapan, Tabasco y Coatzacoalcos. Cañones de plumas henchidos de polvo de oro y alhajas de oro trabajadas por los toltecas. Si vencemos, estas riquezas nos servirán para reedificar nuestras casas, galardonear a nuestros guerreros y socorrer a nuestros vasallos. Si somos vencidos, en vez de fantásticos ríos de oro, los teules encontrarán escombros y cadáveres.

COANACOT

Sólo la muerte romperá nuestra alianza.

TETLEPANQUETZAL

Unidos moriremos.

CUAUHTEMOC

Id a preparar vuestro contingente para la defensa de nuestros reinos y de nuestra raza.

Salen después de hacer acatamiento. Cuauhtemoc se pasea de uno a otro lado de la sala, deteniéndose a ratos y quedando pensativo. Tecuichpo se asoma en la puerta del fondo. La Emperatriz de Tenochtitlán está ataviada de azul y luce adornos de perlas en el cuello, orejas, brazos y tobillos. Sus dientes también parecen perlas. Su pelo

*partido en mitad de la
frente, tiene el tinte y
el brillo de la obsidiana.*

TECUICHPO

Está solo y abismado en sus pensamientos. No advierte al menos mi presencia. Señor, Señor, ¿das tu permiso?

CUAUHTEMOC

Alza la cabeza sorprendido y sale al encuentro de Tecuichpo.

¡Tecuichpo! Acércate, esposa mía. Llégate a tu Cuauhtemoc. Compañera de infortunio, ven a compartir mi tristeza. Grano de incienso, ven a perfumar mi soledad. Ven, cenzontle, a desgranar tus trinos en el barranco en que me despeño. Cuán distinta hubiera sido nuestra suerte si no hubieran venido los castellanos. En tiempos de paz viviríamos felices en nuestros palacios decorados con tapicerías de plumas y pieles de tigre. Nos solazaríamos en nuestros jardines, tú cortando flores, y yo cazando colibrís con mi cerbatana de oro. En nuestras ve-

gas cobraríamos palomas con gerifaltes adiestrados. A la hora de yantar, con una varilla de oro señalaríamos los platos que convidaran nuestro apetito de entre mil delicados manjares. En tiempos de guerra, mientras yo iba a sojuzgar pueblos y hacer cautivos, tú te quedarías cultivando las rosas con que ceñirías mis sienes a mi llegada.

(Pausa)

No seremos reyes, sino vasallos.

TECUICHPO

Acuérdate que eres águila.

CUAUHTEMOC

Águila que cae.

TECUICHPO

Águila que se remonta.

CUAUHTEMOC

¡Qué buena eres, Tecuichpo!

TECUICHPO

Eres águila, y las águilas no nacieron para vivir cautivas. El águila es el ave tutelar de nuestra raza. Campea en nuestra bandera, guió a nuestros antepasados hasta el risco donde fundaron Tenochtitlán; y tú, que eres águila, conducirás a los mexicanos a la victoria. Vencerás a los teules. ¿No los venciste ya una vez al amparo de las tinieblas?

CUAUHTEMOC

Jugando con las trenzas de Tecuichpo, que le ciñe el cuello con los brazos desnudos.

Tus brazos son fragantes como rosas y no hay plumas más suaves que tus cabellos.

TECUICHPO

Si no vences ni mueres en la lucha, huiremos a las montañas. En las cúspides siempre hay un asilo para un águila... Nada echarás

de menos. El sol coronará tu frente con resplandores de oro. El aire de la libertad balanceará tu penacho de plumas. Tus ojos tendrán todo el cielo.

CUAUHTEMOC

Y te tendré a ti. Pero, ¿qué es lo que humedece mis manos? ¿Te has hecho daño, Tecuichpo? ¿Te has herido?

TECUICHPO

¡Sí, me he herido para que nos den el triunfo los dioses.

CUAUHTEMOC

Déjame ver tus orejas. Te las has taladrado. Enséñame tus brazos. También están marcados por las púas del maguey. Tecuichpo, has reconfortado mi ánimo y centuplicado mis fuerzas. Sí, soy águila. Siento que mis alas me levantan. Seré digno sucesor de mis antepasados, cuyas efigies están esculpidas en las rocas de Chapultepec. Sí venceré a los teules. Los mexica-

nos tienen un caudillo. Si alguien flaquea, yo mismo lo mataré, como matan las águilas a los aguiluchos degenerados que no pueden ver cara a cara el sol.



ACTO II

Han transcurrido sesentecinco días desde que comenzó el sitio de Tenochtitlán. Los españoles han avanzado derrumbando casas y cegando canales con los escombros. Los mexicanos desde hace tiempo no comen sino hierbas y musarañas. La peste siega más vidas que las espadas y los cañones. Triste es la suerte de los culúas. Una casa con dos entradas: una que da a la laguna y otra a la calle mitad canal, mitad terrado. En el fondo, la ciudad en ruinas. A lo lejos sonidos de caracoles, disparos de arcabuces, gemidos, juramentos.

*Cortés se encuentra
en la azotea con su*